

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Dulce hogar (5/12)

Las ovejas corrían apiñadas contra las vallas, soplando por los finos orificios nasales y dando pisotones con sus delicadas patas delanteras, con las cabezas echadas hacia atrás y un ligero vapor que se elevaba desde el abarrotado corral hacia el aire helado, mientras los dos animales se apresuraban a pasar de buen humor, con mucho parloteo y risas. Volvían a través del campo después de un largo día de excursión con Nutria, cazando y explorando en las amplias tierras altas donde ciertos arroyos afluentes de su propio río tenían sus primeros pequeños comienzos; y las sombras del corto día de invierno se cerraban sobre ellos, y todavía tenían una cierta distancia que recorrer. Avanzando al azar sobre el campo arado, habían oído a las ovejas y se habían dirigido hacia ellas; y ahora, saliendo del corral, encontraron un camino trillado que hacía más ligera la marcha, y respondía, además, a ese pequeño algo inquisitivo que todos los animales llevan dentro, diciendo inequívocamente:

—¡Sí, muy bien; esto nos lleva a casa!

—Parece como si estuviéramos llegando a un pueblo —dijo Topo con cierta duda, aflojando el paso ya que la pista, que con el tiempo se había convertido en un sendero y luego en un carril, los entregaba ahora a una carretera

bien asfaltada. Los animales no se aferraban a los pueblos, y sus propias carreteras, muy frecuentadas como estaban, seguían un punto independiente sin tener en cuenta la iglesia, el correo o la casa pública.

—No importa —dijo Rata—. En esta época del año todos están a salvo en casa, sentados alrededor del fuego; hombres, mujeres y niños, perros y gatos y todo eso. Pasaremos sin problema, sin molestias ni disgustos, y podemos echarles un vistazo a través de sus ventanas si quieres, y ver lo que están haciendo.

La rápida caída de la noche de mediados de diciembre había acosado a la pequeña aldea cuando se acercaron a ella en puntas de pie sobre una fina capa de nieve en polvo. Sólo se veían cuadrados de un rojo anaranjado oscuro a ambos lados de la calle, donde la luz de las chimeneas o de las lámparas de cada casita se desbordaba a través de las ventanas hacia el oscuro mundo exterior. La mayoría de las ventanas bajas enrejadas no tenían persianas, y para los que miraban desde fuera, los habitantes, reunidos alrededor de la mesa de té, absortos en sus tareas o hablando entre risas y gestos, tenían esa gracia feliz que es lo último que el actor experto puede capturar: la gracia natural que acompaña a la perfecta inconsciencia de la observación. Moviéndose a su antojo de un teatro a otro, los dos espectadores, tan lejos de casa, tenían algo de nostalgia en sus ojos cuando veían acariciar a un gato, recoger a un niño somnoliento y llevarlo a la cama, o a un hombre cansado estirarse y apagar su pipa en el extremo de un tronco humeante.

Pero era desde una pequeña ventana, con la persiana baja, una mera transparencia blanca en la noche, desde donde palpataba más la sensación de hogar y del pequeño mundo encerrado entre paredes (el estresante mundo exterior de la Naturaleza excluido y olvidado). Cerca de la persiana blanca colgaba una jaula de pájaros, con una silueta clara, cada alambre, percha y accesorio distinto y reconocible, incluso para el terrón de azúcar sin brillo de ayer. En la percha del medio, el esponjoso ocupante, con la cabeza bien metida entre las plumas, parecía tan cerca de ellos como para poder acariciarlo fácilmente, si lo hubieran intentado; incluso las delicadas puntas de su plumaje regordete se dibujaban claramente en la pantalla iluminada. Mientras miraban, el dormilón se agitó inquieto, se despertó, se sacudió y levantó la cabeza. Pudieron ver la abertura de su pequeño pico mientras bostezaba aburrido, miraba a su alrededor y luego volvía a acomodar la cabeza en el lomo, mientras las plumas erizadas se calmaban gradualmente hasta quedar en perfecta quietud. Entonces, una ráfaga de viento amargo les dio en la nuca, un pequeño agujonazo de aguanieve helada en la piel los despertó como de un sueño, y supieron que tenían los dedos de los pies fríos y las piernas cansadas, y que para llegar a su propio hogar los esperaba un camino fatigoso.

Una vez pasado el pueblo, donde las casitas cesaban bruscamente, a ambos lados de la carretera podían oler de nuevo a través de la oscuridad los campos amistosos; y se prepararon para el último y largo tramo, el tramo

de vuelta a casa, el tramo que sabemos que está destinado a terminar, en algún momento, con el traqueteo de la cerradura de la puerta, la repentina luz del fuego y la visión de cosas familiares que nos saludan como viajeros ausentes desde hace mucho tiempo procedentes de más allá del mar. Avanzaban con paso firme y silencioso, cada uno con sus propios pensamientos. Topo pensaba mucho en la cena, pues estaba oscuro como boca de lobo y, por lo que sabía, era un país extraño para él, y seguía obedientemente la estela de Rata, dejándose guiar por él. En cuanto a Rata, caminaba un poco más adelante, como era su costumbre, con los hombros encorvados y los ojos fijos en la recta carretera gris que tenía delante; así que no se percató de la presencia del pobre Topo cuando, de repente, la llamada lo alcanzó y lo recibió como una descarga eléctrica.

Nosotros, que hace tiempo que hemos perdido los sentidos físicos más sutiles, ni siquiera tenemos términos adecuados para expresar las intercomunicaciones de un animal con su entorno, vivo o no, y sólo tenemos la palabra "olor", por ejemplo, para incluir toda la gama de delicadas emociones que murmuran en la nariz del animal noche y día, llamando, advirtiendo, incitando, repeliendo. Fue una de estas misteriosas llamadas de hadas procedentes del vacío la que de repente llegó a Topo en la oscuridad, haciéndole estremecerse con su atracción tan familiar, aunque todavía no podía recordar claramente de qué se trataba. Se detuvo en seco, y su nariz buscó de un lado a otro en su esfuerzo por

recuperar el fino filamento, la corriente telegráfica que tanto lo había conmovido. Un momento, y lo había atrapado de nuevo; y con él llegó esta vez el recuerdo en toda su plenitud.

¡A casa! Eso era lo que significaban esas caricias, esos suaves toques que flotaban en el aire, esas pequeñas manos invisibles que tiraban y tiraban, ¡todo en una dirección! Porque debía estar muy cerca de él en ese momento, su antiguo hogar, que había abandonado precipitadamente y que nunca había vuelto a buscar, aquel día en que encontró el río por primera vez. Y ahora estaba enviando a sus exploradores y mensajeros para capturarlo y traerlo. Desde su huida aquella luminosa mañana apenas había pensado en ello, tan absorto había estado en su nueva vida, en todos sus placeres, sus sorpresas, sus experiencias frescas y cautivadoras. Ahora, con una ráfaga de viejos recuerdos, ¡qué claro se presentaba ante él en la oscuridad!

Deteriorada, pequeña y mal amueblada, y sin embargo suya, el hogar que había construido para él mismo, el hogar al que tan feliz se había sentido de volver después de su jornada de trabajo. Y el hogar también había sido feliz con él, evidentemente, y lo echaba de menos, y lo quería de vuelta, y se lo decía a través de su nariz, apenado, con reproches, pero sin amargura o ira; sólo con un lastimero recordatorio de que estaba allí, y lo quería.

La llamada era clara, la convocatoria era clara. Debía obedecerla al instante y partir.

—¡Ratita! —gritó lleno de excitación—, ¡espera! ¡Regresa! Ven aquí, ¡rápido!

—Oh, vamos, Topo, ¡Por favor! —respondió Rata alegremente, todavía avanzando.

—Detente, Ratita, por favor —suplicó el pobre Topo angustiado—. ¡No entiendes! Es mi hogar, ¡mi viejo hogar! Acabo de sentir su olor, y está muy cerca de aquí, realmente muy cerca. Y debo ir, ¡debo hacerlo! ¡Oh, vuelve, Ratita! Por favor, regresa.

Para entonces, Rata estaba muy adelante, demasiado lejos para oír claramente lo que decía Topo, demasiado lejos para captar la aguda nota de dolorosa súplica en su voz. Y estaba muy ocupado con el clima, porque él también podía oler algo; algo sospechosamente parecido a la nieve acercándose.

—Topo, no debemos detenernos ahora, de verdad —volvió a gritar—. Mañana iremos a buscarlo, sea lo que sea que hayas encontrado. Pero no me atrevo a parar ahora, es tarde, la nieve está volviendo y no estoy seguro del camino. Y quiero tu nariz, Topo, así que ven rápido, ¡Sé un buen compañero! —y rata siguió su camino sin esperar respuesta.

El pobre Topo se quedó solo en el camino, con el corazón desgarrado y un gran sollozo acumulándose en algún lugar bajo dentro de él, para saltar a la superficie dentro de poco, él lo sabía, en una huida apasionada. Pero incluso bajo una prueba como ésta, su lealtad hacia su amigo se mantuvo firme. Ni por un momento soñó con abandonarlo. Mientras tanto, los aromas de su antiguo hogar le suplicaban, susurraban, conjuraban y finalmente

le reclamaban imperiosamente. No se atrevió a permanecer más tiempo dentro de su círculo mágico. Con un tirón que le desgarró las fibras del corazón, puso la cara en el camino y siguió sumisamente el rastro de Rata, mientras unos olores débiles y finos, que seguían persiguiendo su nariz en retirada, le reprochaban su nueva amistad y su insensible olvido. Con un esfuerzo alcanzó a la desprevenida Rata, que empezó a parlotear alegremente sobre lo que harían cuando volvieran, y lo agradable que sería un fuego de leños en el salón, y la cena que pensaba comer; sin advertir el silencio y el angustioso estado de ánimo de su compañero. Al fin, sin embargo, cuando habían avanzado un trecho considerable y pasaban junto a unos troncos al borde de un bosquecillo que lindaba con el camino, se detuvo y dijo amablemente:

—Mira, Topo, viejo amigo, pareces muerto de cansancio. Ya no hablas, y arrastras los pies como si fueran de plomo. Nos sentaremos aquí un momento a descansar. La nieve ha resistido hasta ahora, y la mejor parte de nuestro viaje ha terminado.

Topo se recostó en el tronco de un árbol y trató de controlarse, pues lo sentía venir. El sollozo con el que había luchado tanto tiempo se negaba a ser vencido. Subió y subió, se abrió paso en el aire, y luego otro, otro, y otros más espesos y rápidos; hasta que el pobre Topo por fin abandonó la lucha, y lloró libre, impotente y abiertamente, ahora que sabía que todo había terminado y que había perdido lo que difícilmente podía decirse que había encontrado.

Rata, asombrada y consternada por la violencia del dolor de Topo, no se atrevió a hablar durante un rato. Por fin dijo, en voz muy baja y con simpatía:

—¿Qué pasa, viejo amigo? ¿Qué te sucede? Cuéntame tu problema y déjame ver qué puedo hacer.

Al pobre Topo le resultaba difícil pronunciar alguna palabra entre las sacudidas de su pecho que se sucedían tan rápidamente y retenía el habla y la ahogaba a medida que llegaba.

—Ya sé que es un... lugar sucio y en mal estado —sollozó al fin, entrecortadamente—, no es como... tus acogedores aposentos... o el hermoso Salón de Sapo... o la gran casa de Tejón... pero era mi pequeño hogar... y le tenía cariño... y me fui y lo olvidé todo... y de pronto lo olí en el camino, cuando te llamé y no me escuchaste, Rata... y todo volvió a mi como una ráfaga... ¡y lo quería! ¡Vaya! Y cuando no quisiste volverte, Ratita... y tuve que dejarlo, aunque no dejaba de olerlo... pensé que se me rompería el corazón. Podríamos haber ido a echarle un vistazo, Ratita... solo un vistazo... estaba cerca... pero no quisiste volverte, Ratita, ¡no quisiste volverte! ¡Oh, cielos!

El recuerdo le trajo nuevas oleadas de dolor, y los sollozos volvieron a apoderarse de él, impidiéndole seguir hablando.

Rata se quedó mirando fijamente delante de él, sin decir nada, sólo palmeando suavemente a Topo en el hombro.

Al cabo de un rato murmuró sombríamente:

—¡Ahora lo veo todo! ¡Qué cerdo he sido! Un cerdo... eso he sido. Un simple cerdo.

Esperó hasta que los sollozos de Topo se hicieron gradualmente menos tempestuosos y más rítmicos; esperó hasta que por fin los olfateos fueron frecuentes y los sollozos sólo intermitentes. Entonces se levantó de su asiento, comentando despreocupadamente:

—Bueno, ahora será mejor que nos pongamos en marcha, viejo amigo —y emprendió de nuevo el camino por la penosa senda por la que habían venido.

—¿Adónde (hip) vas (hip), Ratita? —gritó Topo lloroso, levantando la vista, alarmado.

—Vamos a encontrar esa casa tuya, viejo amigo —respondió Rata amablemente—, así que será mejor que vengas, porque nos llevará un tiempo encontrarla, y necesitaremos tu olfato.

—¡Oh, vuelve, Ratita! —gritó Topo, levantándose y corriendo tras él—. ¡Te digo que no sirve de nada! Es demasiado tarde, y está muy oscuro, y el lugar está demasiado lejos... ¡y la nieve se acerca! Y... y nunca quise que supieras que me sentía así al respecto... fue un accidente y un error. Y piensa en la Orilla del Río, ¡y en tu cena!

—¡Ya deja la Orilla del Río, y la cena también! —dijo Rata de todo corazón—. Te digo que voy a encontrar este lugar, aunque tenga que quedarme fuera toda la noche. Así que ánimo, viejo amigo, y toma mi brazo; muy pronto estaremos de vuelta allí.

Todavía resoplando, suplicando y reacio, Topo se dejó arrastrar de vuelta por el camino por su imperioso compañero, quien por medio de un flujo de charla alegre y anécdotas se esforzó por tranquilizar sus espíritus y

hacer que el cansador camino pareciera más corto. Cuando por fin le pareció a Rata que debían estar acercándose a esa parte del camino donde Topo había sido "retenido", dijo:

—Ahora, basta de hablar. ¡A trabajar! Usa tu nariz, y entrega tu mente a ello.

Avanzaron en silencio un trecho, cuando de pronto Rata fue consciente, a través de su brazo que estaba enlazado con el de Topo, de una tenue especie de estremecimiento eléctrico que recorría el cuerpo de aquel animal. Instantáneamente se separó, retrocedió un paso, y esperó, con toda atención.

¡Las señales estaban llegando!

Topo permaneció rígido un momento, mientras su nariz levantada, temblando ligeramente, palpaba el aire.

Luego, una corta y rápida carrera hacia delante, un fallo, una comprobación, un intento de retroceso, y después un avance lento, firme y confiado.

Rata, muy excitada, se mantuvo pegada a sus talones mientras Topo, con cierto aire de sonámbulo, cruzaba una zanja seca, trepaba por un arbusto y se abría paso por un campo abierto, sin caminos y desnudo a la débil luz de las estrellas.

De repente, sin previo aviso, se zambulló; pero Rata estaba alerta y lo siguió rápidamente por el túnel al que su olfato infalible lo había guiado fielmente.

Era cerrado y sin aire, y el olor terroso era fuerte, y le pareció mucho tiempo a Rata antes de que el pasaje terminara y él pudiera pararse erguido, estirarse y sacudirse. Topo encendió un fósforo, y por su luz Rata

vio que estaban parados en un espacio abierto, prolijamente barrido y apisonado bajo los pies, y directamente frente a ellos estaba la pequeña puerta principal de Topo, con "Ultimo Topo" pintado, en letras Góticas, sobre el tirador de la campana al costado. Topo bajó un farol de un clavo de la pared y lo encendió... y Rata, mirando a su alrededor, vio que estaban en una especie de patio delantero. A un lado de la puerta había un asiento de jardín, y al otro un rodillo; pues Topo, que era un animal ordenado cuando estaba en casa, no soportaba que otros animales pateasen su suelo hasta convertirlo en pequeños corrales que acababan en montones de tierra. De las paredes colgaban cestas de alambre con helechos, alternadas con soportes que llevaban estatuas de yeso de Garibaldi, el niño Samuel, la reina Victoria y otros héroes de la Italia moderna. A un lado del patio había una zona para jugar a los bolos, con bancos y mesitas de madera marcadas con anillos que indicaban jarras de cerveza. En el centro había un pequeño estanque redondo con peces dorados rodeado de un borde de conchas de berberecho. En el centro del estanque se alzaba una fantasiosa figura vestida con más conchas de berberecho y coronada por una gran bola de cristal plateado que reflejaba todo mal y producía un efecto muy agradable.

La cara de Topo brilló al ver todos aquellos objetos tan queridos para él, y Rata se apresuró a cruzar la puerta, encendió una lámpara en el vestíbulo y echó un vistazo a su antiguo hogar. Vio el polvo que lo cubría todo, vio el aspecto triste y abandonado de la casa descuidada

durante tanto tiempo, sus dimensiones estrechas y escasas, su contenido gastado y destartado, y se desplomó de nuevo en un sillón del vestíbulo, con la nariz pegada a las patas.

—¡Oh, Ratita! —exclamó consternado—, ¿por qué lo hice? ¿Por qué te he traído a este pobre y frío lugar, en una noche como esta, cuando podrías estar en la Orilla del Río a estas horas, tostándote los dedos de los pies ante un fuego acogedor, con todas tus cosas bonitas alrededor?

Rata no prestó atención a sus desdichados autorreproches. Corría de aquí para allá, abriendo puertas, inspeccionando habitaciones y armarios, encendiendo lámparas y velas por todas partes.

—¡Qué casita más bonita! —exclamó alegremente—, ¡tan compacta! Tan bien planeada. Todo aquí y todo en su sitio. Pasaremos una noche estupenda. Lo primero que necesitamos es un buen fuego; yo me ocuparé de eso. Siempre sé dónde encontrar las cosas. ¿Así que éste es el salón? ¡Espléndido! ¿Tu propia idea esos troncos para dormir en la pared? ¡Estupendo! Ahora traeré la leña y el carbón, y tú busca un plumero, Topo (encontrarás uno en el bajón de la mesa de la cocina) e intenta arreglar un poco las cosas. ¡Muévete, viejo amigo!

Animado por su inspirador compañero, Topo se levantó, limpió y abrigó con energía y entusiasmo, mientras Rata, corriendo de un lado a otro con brazadas de combustible, pronto tuvo un alegre fuego rugiendo en la chimenea. Llamó al Topo para que viniera a calentarse; pero Topo enseguida tuvo otro ataque de melancolía,

dejándose caer en un sofá con oscura desesperación y enterrando la cara en su plumero.

—¡Rata! —gimió—, ¿qué hay de tu cena, pobre, frío y hambriento animal? No tengo nada para darte... nada... ni una migaja.

—¡Qué tipo eres, cómo te gusta rendirte! —dijo Rata con reproche—. Pues hace un momento he visto claramente un abridor de sardinas en el aparador de la cocina, y todo el mundo sabe que eso significa que hay sardinas en algún lugar de los alrededores. Levántate, recobra la compostura y ven conmigo a buscarlas.

Fueron y rebuscaron en consecuencia, rebuscando en todos los armarios y revolviendo todos los cajones. El resultado no fue tan deprimente después de todo, aunque por supuesto podría haber sido mejor: una lata de sardinas, una caja de galletas de capitán, casi llena, y una salchicha alemana envuelta en papel plateado.

—¡Hay un banquete para ti! —observó Rata, mientras arreglaba la mesa—. Conozco algunos animales que darían sus orejas por sentarse con nosotros a cenar esta noche.

—¡No hay pan! —gimió dolorosamente Topo—, no hay mantequilla, no...

—Ni paté de foie, ni champán —continuó Rata, sonriendo—. Y eso me recuerda: ¿qué es esa puertecita al final del pasillo? Tu sótano, por supuesto. Todo el lujo de esta casa. Espera un momento.

Se dirigió a la puerta del sótano y reapareció, algo polvoriento, con una botella de cerveza en cada pata y otra bajo el brazo.

—Pareces ser un mendigo autoindulgente, Topo —observó—. No te niegues nada. Este es realmente el lugar más divertido donde he estado. ¿De dónde has sacado esas estampas? Hace que el lugar parezca muy hogareño. No me extraña que te guste tanto, Topo. Cuéntame todo sobre él, y cómo llegaste a convertirlo en lo que es. Entonces, mientras Rata se dedicaba a buscar platos, cuchillos y tenedores, y mostaza que mezclaba en una huevera, Topo, con el pecho aún agitado por la tensión de su reciente emoción, relataba, al principio con cierta timidez, pero con más libertad a medida que se iba animando con el tema, cómo se planeó esto, y cómo se pensó aquello, y cómo se consiguió esto gracias a una herencia inesperada de una tía, y aquello fue un hallazgo maravilloso y una ganga, y esto otro se compró con laboriosos ahorros y una cierta cantidad de "privaciones". Con el ánimo por fin restablecido, tuvo que ir a acariciar sus posesiones, coger una lámpara y mostrar sus detalles a su visitante y explayarse sobre ellos, olvidándose por completo de la cena que tanto necesitaban; Rata, que estaba desesperadamente hambrienta, pero se esforzaba por disimularlo, asentía seriamente, examinando con el ceño fruncido y diciendo "maravilloso" y "muy notable" a intervalos, cuando se le daba la oportunidad de hacer una observación. Por fin Rata consiguió atraerlo a la mesa, y acababa de ponerse a trabajar en serio con el abridor de sardinas cuando se oyeron sonidos procedentes del patio delantero exterior, sonidos como el roce de pequeños

pies en la grava y un murmullo confuso de voces diminutas, mientras les llegaban frases entrecortadas: —Ahora, todos en fila... mantén la linterna un poco levantada, Tommy... despejen sus gargantas primero... nada de toser después que yo diga uno, dos, tres... ¿Dónde está el joven Bill? Aquí, vamos, estamos todos esperando...

—¿Qué pasa? —preguntó Rata, pausando sus tareas.

—Creo que deben ser los ratones de campo —respondió Topo, con un toque de orgullo en sus modales—. En esta época del año suelen cantar villancicos. Son toda una institución por estos lados. Y nunca me pasan por alto; vienen a Último Topo al final de todo; y yo solía darles bebidas calientes, y a veces también la cena, cuando podía permitírmelo. Será como en los viejos tiempos volver a oírlos.

—¡Vamos a verlos! —gritó Rata, saltando y corriendo hacia la puerta.

Cuando abrieron la puerta de par en par, se encontraron con un bonito espectáculo. En el patio delantero, iluminado por los tenues rayos de una linterna de cuerno, había unos ocho o diez ratoncitos de campo en semicírculo, con edredones de estambre rojo alrededor de la garganta, las patas delanteras metidas en los bolsillos y los pies sacudiéndose para entrar en



calor. Con ojos brillantes se miraban tímidamente unos a otros, riéndose un poco, olfateando y aplicándose las mangas del abrigo. Al abrirse la puerta, uno de los más viejos, que llevaba la linterna, dijo: "¡Ahora! ¡Uno, dos, tres!", y de inmediato sus vocecitas chillonas se elevaron en el aire, cantando uno de los viejos villancicos que sus antepasados componían en los campos en descanso y sujetos por la escarcha, o cuando estaban atrapados por la nieve en los rincones de las chimeneas, y que se transmitían para ser cantados en la calle cubierta de nieve hasta las ventanas iluminadas por las lámparas en la época de Navidad.

Villancico

Aldeanos todos, esta marea helada,
dejen que sus puertas se abran de par en par.
Aunque el viento sople, y también la nieve,
llévennos junto al fuego a descansar;
¡La alegría será suya por la mañana!

Aquí estamos, en el frío y la aguanieve,
Soplando los dedos y zapateando los pies,
Venimos de muy lejos a saludarte.
Tú junto al fuego y nosotros en la calle...
¡Diciéndote que te alegres por la mañana!

Porque antes de que pase la medianoche,
De repente una estrella nos ha guiado,
lloviendo felicidad y bendición.

Bienaventuranza mañana y más pronto,
¡Alegría para cada mañana!
El buen José se esforzó a través de la nieve...
Vio la estrella sobre un establo bajo;
María tal vez no vaya más lejos,
Bienvenido el techo de paja y la camada de abajo.
¡La alegría era suya por la mañana!

Y entonces oyeron a los ángeles decir
"¿Quiénes fueron los primeros en gritar Navidad?
Animales todos, como sucedió,
en el establo donde vivían.
¡La alegría será suya por la mañana!
Las voces cesaron, los cantantes, tímidos pero
sonrientes, intercambiaron miradas de reojo, y se hizo el
silencio, pero sólo por un momento. Entonces, desde lo
alto y a lo lejos, por el túnel que habían recorrido tan
recientemente, llegó a sus oídos, en un débil zumbido
musical, el sonido de unas campanas lejanas tocando un
repique alegre y sonoro.
—¡Muy bien cantado, niños! —gritó Rata con entusiasmo—.
¡Y ahora entren, todos, y caliéntense junto al fuego y
tomen algo caliente!
—Si, vamos, ratones de campo —gritó Topo con
entusiasmo—. Esto es como en los viejos tiempos. Cierren
la puerta detrás de ustedes. Acérquense al fuego. Ahora,
esperen un minuto mientras nosotros... ¡Oh, Ratita! —
gritó desesperado, echándose sobre un asiento con
lágrimas inminentes—. ¿Qué estamos haciendo? ¡No
tenemos nada para darles!

—Déjame a mi —dijo Rata maestra—. ¡Tú, el de la linterna! Ven por aquí. Quiero hablarte. Ahora, dime, ¿hay alguna tienda abierta a estas horas de la noche?

—Por supuesto, señor —respondió respetuosamente el ratón de campo—. En esta época del año nuestras tiendas permanecen abiertas a toda hora.

—¡Pues mira! —dijo Rata—, vete de una vez, tú y tu linterna, y tráeme...

Aquí siguió mucha conversación murmurada, y Topo sólo oyó trozos de ella, tales como: "Fresco; ¡cuidado! no; una libra de eso bastará; ve a buscar el de Buggins, porque no tendré ningún otro; no, sólo el mejor... si no puedes conseguirlo allí, intenta en algún otro lugar; sí, por supuesto, hecho en casa, nada de cosas enlatadas; bien entonces, ¡haz lo mejor que puedas!" Finalmente, hubo un tintineo de monedas pasando de pata en pata, el ratón de campo recibió una amplia cesta para sus compras, y se apresuró a salir, él y su linterna.

El resto de los ratones de campo, encaramados en fila sobre el banco, balanceando sus pequeñas patas, se entregaron al disfrute del fuego y tostaron sus sabañones hasta que les hormiguearon; mientras Topo, al no conseguir que entablaran una conversación fácil, se sumergió en la historia familiar e hizo que cada uno de ellos recitara los nombres de sus numerosos hermanos, que eran demasiado jóvenes, al parecer, para que se les permitiera salir a cantar villancicos este año, pero que esperaban ganarse muy pronto el consentimiento paterno.

Rata, mientras tanto, estaba ocupada examinando la etiqueta de una de las botellas de cerveza.

—Percibo que esto es Old Burton —comentó con aprobación—. ¡Sensible Topo! ¡Eso es! Ahora podemos beber un poco de cerveza. Prepara las cosas, Topo, mientras saco los corchos.

No se tardó mucho en preparar el brebaje y meter el calentador de lata en el rojo corazón del fuego; y pronto todos los ratones de campo estaban sorbiendo, tosiendo y ahogándose (porque un poco de cerveza caliente hace mucho) y secándose los ojos y riendo y olvidando que habían tenido frío en toda su vida.

—Estos chicos también actúan —le explicó Topo a Rata—. Se inventan obras ellos solos y luego las representan. Y lo hacen muy bien. El año pasado nos representaron una muy buena, sobre un ratón de campo que fue capturado en el mar por un corsario bárbaro y obligado a remar en una galera; y cuando escapó y volvió a casa, su amada se había metido en un convento. ¡Aquí, tú! Tú estuviste en él, lo recuerdo. Levántate y recita un poco. El ratón de campo aludido se levantó sobre sus patas, soltó una risita tímida, miró alrededor de la habitación y se quedó absolutamente mudo. Sus compañeros le animaron, Topo lo alentó y Rata llegó a cogerlo por los hombros y sacudirlo, pero nada pudo vencer su miedo escénico. Estaban todos muy ocupados con él, como aguateros que aplican las normas de la Real Sociedad Humanitaria a un caso de inmersión prolongada, cuando sonó el pestillo, se abrió la puerta y reapareció el ratón

de campo con la linterna, tambaleándose bajo el peso de su cesta.

Una vez que el contenido real y sólido de la cesta se había volcado sobre la mesa, ya no se hablaba más de juegos. Bajo la dirección de Rata, todo el mundo se puso a hacer algo o a buscar algo. En pocos minutos la cena estuvo lista, y Topo, mientras se sentaba a la cabecera de la mesa en una especie de sueño, vio un tablón hasta entonces vacío, repleto de sabrosos manjares; vio las caras de sus amiguitos iluminarse y sonreír mientras se sentaban a la mesa sin demora; y luego se soltó (porque estaba realmente hambriento) sobre la comida tan mágicamente provista, pensando en lo feliz que había resultado, después de todo, su llegada a casa. Mientras comían, hablaron de los viejos tiempos, y los ratones de campo lo pusieron al día con los chismes locales, y respondieron tan bien como pudieron a los cientos de preguntas que tenía para hacerles. Rata dijo poco o nada, sólo se preocupó de que cada invitado tuviera lo que quisiera, y en abundancia, y de que Topo no tuviera problemas ni ansiedad por nada.

Se marcharon al fin, muy agradecidos, con los bolsillos de las chaquetas llenos de recuerdos para sus hermanos pequeños. Cuando la puerta se cerró para el último de ellos y el tintineo de las linternas se apagó, Topo y Rata encendieron el fuego, acercaron sus sillas, se prepararon una última copa de cerveza caliente y comentaron los acontecimientos del largo día. Por fin Rata, con un tremendo bostezo, dijo:

—Topo, viejo amigo, estoy a punto de caerme.

Somnoliento no es la palabra adecuada. ¿Esa es tu litera? Muy bien, entonces, me quedaré con esta. ¡Qué casita más bonita! ¡Todo tan a mano!

Se metió en su litera y se envolvió bien en las mantas, y el sueño lo invadió enseguida, como una hilera de cebada se pliega en los brazos de la segadora.

El cansado Topo también se alegró de acostarse sin demora, y pronto apoyó la cabeza en la almohada, con gran alegría y satisfacción. Pero antes de cerrar sus ojos los dejó vagar por su vieja habitación, dulcificada por el resplandor de la luz del fuego que jugaba o descansaba sobre cosas familiares y amistosas que habían sido durante mucho tiempo inconscientemente parte de él, y ahora lo recibían sonrientes de vuelta, sin rencor. Ahora se encontraba justo en el estado de ánimo que la discreta Rata había trabajado silenciosamente para provocar en él. Veía con claridad lo simple y sencillo, incluso estrecho, que era todo aquello; pero también con claridad lo mucho que significaba para él, y el valor especial de semejante anclaje en la propia existencia. No quería en absoluto abandonar la nueva vida y sus espléndidos espacios, dar la espalda al sol y al aire y a todo lo que le ofrecían y arrastrarse a casa y quedarse allí; el mundo superior era demasiado fuerte, todavía lo llamaba, incluso allí abajo, y sabía que debía volver al escenario más grande. Pero era bueno pensar que tenía esto para volver; este lugar que era todo suyo, estas cosas que se alegraban tanto de verlo

de nuevo y con las que siempre podía contar para la misma sencilla bienvenida.